

sustos de los convites, gorriones intrusos, sinvergüenzas, descarados, necios á nativitate, taravillas perdurables y máquinas vestidas, escandalosas y perjudiciales á la desdichada sociedad en que viven; y estos tales son pillos y léperos decentes, y de esta clase de *pillería* digo, que pude haber puesto cátedra pública, según lo que aproveché con las lecciones de mi maestro y el ejemplo de mis concursantes en el corto espacio de un año.

El pobre de mi padre estaba muy ajeno de mis indignos adelantamientos, y muy pagado de Martín Pelayo, que visitaba mi casa con frecuencia; porque ya os he dicho que vuestro abuelo era de tan buen entendimiento como corazón. En efecto, era hombre de bien y virtuoso, y como tales personas son fáciles de engañarse por las astucias de los malvados, entre yo y mi amigo teníamos alucinado á mi buen padre; porque yo era un gran pícaro, y Pelayo era otro pícaro más que yo; y así entre los dos hacíamos cera y pábilo de las creederas de mi padre, que tenía por un mozo muy fino, arreglado y buen estudiante al tuno de Martín, y éste á mis excusas hacía delante de mis padres unos elogios encarecidísimos de mi talento y aplicación, con lo que les clavaba más la espina; esto es, á mi padre, que á mi madre no era menester nada de eso; porque como me amaba sin prudencia, mis mayores maldades las disculpaba con la edad y mis menores me las pasaba por gracias y travesuras.

Pero así como la moneda falsa no puede correr mucho tiempo sin descubrir ó su mal trojel ó su liga, así la maldad no puede pasar muchos días con la capa de la hipocresía sin manifestar su sordidez. Puntualmente sucedió lo mismo conmigo; pues mi padre un día que yo no lo pensaba, me preguntó que cuándo era mi acto, ó que si estaba en disposición de tenerlo. Ciertamente que si como me preguntó eso, me hubiera preguntado que si estaba apto para bailar una contradanza, para pervertir una joven, ó para amarrar un alburito, no me tardo mucho en responder afirmativamente; pero me hizo una pregunta difícil, porque yo con mis quehaceres no pude dedicarme á otro estudio, de suerte que mi Biluart estaba limpio y casi intacto.

Sin embargo, era preciso responder alguna cosa, y fué que mi catedrático no me había dicho nada, que se lo preguntaría. — No, me dijo mi padre, no le preguntes nada, que yo lo haré. — En mala hora se encargó mi padre de semejante comisión; porque fué al segundo día al colegio, y le preguntó á mi maestro que en qué estado estaba yo de estudio, y que si estaba capaz de sustentar un acto le hiciese favor de avisárselo para hacer sus diligencias para los gastos.

Mi maestro, tan veraz como serio, le contestó:

— Amigo, yo deseaba que usted me viera para decirle que su niño no promete las más leves esperanzas

de aprovechar, no porque carezca de talento, sino por falta de aplicación. Es muy abandonado; rara semana deja de faltar uno ó dos días á la clase, y cuando viene, es á enredar y á hacer que pierdan el tiempo los otros colegiales. En virtud de esto, ya usted verá cuál será su aptitud y cuáles sus adelantos. A más de esto, yo le he advertido ciertas amistades y malas inclinaciones que me hacen temer la ruina próxima de este mozo, y así usted, como buen padre, vele sobre su conducta y vea en qué lo ocupa con sujeción; porque si no, el muchacho se le pierde, y usted ha de dar á Dios cuenta de él.

Mi padre se despidió de mi maestro bastante avergonzado (según después me dijo) y lleno de una justa cólera contra mí. ¡Pobres padres! ¡y qué ratos tan pesados les dan los malos hijos! Fué á casa al medio día; me saludó con mucha desazón; se entró á la recámara con mi madre, y ésta, como á las dos horas, salió con los ojos llorosos á mandar poner la mesa.

Mi padre apenas comió; mi madre tampoco; yo, como sinvergüenza, y que ignoraba que era el eje sobre que se movía aquel disgusto, no dejé de hacer cuanto pude por agotar los platos; porque al fin no hay sinvergüenza que no sea glotón. Durante la comida no habló mi padre una palabra, y así que se concluyó se levantaron los manteles y se dieron gracias á Dios; se retiró mi padre á dormir siesta y me dijo con mucha seriedad:

—Esta tarde no vaya usted al colegio, que lo he menester.

Como la culpa siempre acusa, yo me quedé con bastante miedo, temiendo no hubiera sabido mi padre algunas de mis gracias extraordinarias, y me quisiese dar con un garrote el premio que merecían.

Luego concebí que yo había sido la causa de la cólera, de la parsimonia de la mesa y de las lágrimas de mi madre; pero como estaba satisfecho en que ésta no me quería, sino me adoraba, no tuve empacho para decirle:—Señora, ¿qué novedad será ésta de mi padre?— A lo que la pobrecita me contestó con sus lágrimas, y me refirió todo lo que había acaecido á mi padre con mi maestro, y cómo estaba resuelto á ponerme á oficio...— ¿A oficio, dije yo, á oficio? No lo permita Dios, señora. ¿Qué pareciera un bachiller en artes, y un cursante teólogo convertido de la noche á la mañana en sastre ó carpintero? ¿Qué burla me hicieran mis discípulos? ¿Qué dijeran mis parientes? ¿Qué se hablará?— Pues hijo, me contestó mi madre, ¿qué quieres que haga? Ya yo he rogado á tu padre bastante; ya se lo he dicho; ya le he llorado; pero está renuente, no hay forma de convencerle: dice que no quiere que se lo lleve el diablo juntamente contigo por darme gusto. Yo no sé qué hacer...—No llore usted, señora, la dije: yo sí sé lo que se ha de hacer. Seguro está que mi padre tenga el

gusto de verme de hojalatero ni de sastre. Pues qué, ¿ya se cerraron los cuarteles? ¿Ya se acabaron las casacas y el pan de munición? — ¿Qué quieres decir con eso, Pedrito? me decía mi madre. — Nada, señora, le contesté; sino que antes que aprender oficio, me meteré á soldado, á bien que tengo buen cuerpo, y me recibirán en cualquier parte con mil manos.

Aquí redobló mi madre su llanto, y me dijo: — ¡Ay, hijo de mi alma! ¿qué es lo que dices? ¿soldado? ¿soldado? ¡no lo permita Dios! No te precipites ni te desesperes; yo volveré á rogarle á tu padre esta tarde, y ya que dice que no eres para los estudios, y que es fuerza darte destino, veremos si te coloca en una tienda... — Calle usted, madre, le dije. Eso es peor. ¿Qué bien pareciera un bachiller, tizado y lleno de manteca, y un teólogo despachando tlaco de chilitos en vinagre? No, no; soldado y nada más; pues una vez que á mi padre ya se le hace pesado el mantenerme, el rey es padre de todos, y tiene muchos miles para vestirme y darme de comer. Esta tarde me voy á vender en la bandera de China, y mañana vengo á ver á usted vestido de recluta.

Cada vez que yo me acuerdo de éste y otros malos ratos que dí á la pobre de mi madre, y de las lágrimas que derramó por mí, quisiera sacarme el corazón á pedazos de dolor; pero ya es tarde el arrepentimiento, y sólo

sirven estas lecciones, hijos míos, para encargaros que miréis á vuestra madre siempre con amor y respeto verdadero, sin imitar á los malos hijos como yo fuí; antes rogad á Dios no castigue los extravíos de mi juventud como merecen, y acordaos que por boca del Sabio os dice: *Honra á tu padre, y no olvides los gemidos de tu madre. Acuérdate que á ellos les debes la vida, y págales lo que te han dado.*

Finalmente, esta escena paró en que mi madre me rogó, me instó, me lloró porque no fuera soldado, jurándome que se volvería á empeñar con mi padre para que desistiera de su intento y no me pusiera á oficio, con cuya promesa me serené, como que eso era lo que yo deseaba, y por lo que affligí tanto á su merced, no porque á mí me agradara la carrera militar, y más en clase de soldado, como que veía con horror todo género de trabajo.

¡Qué bueno hubiera sido que mi madre me hubiera quebrado en la cabeza cuanta silla había en la sala, y bien amarrado me hubiera despachado al primer cuartel, y allí me hubiesen encajado luego luego la gala de recluta; con eso se hubieran acabado mis bachillerías y sus cuidados; pero no lo hizo así, y tuvo después que sufrir lo que Dios sabe.

Al cabo de un rato salió mi padre ya con sombrero y bastón, y me dijo: — Tome usted la capa y vamos. —

Yo la tomé y salí con su merced con temor, y mi madre se quedó con cuidado.

A poco haber andado, se paró mi padre en un zaguán, y me dijo:

—Amigo, ya estoy desengañado de que es usted un gran perdido, y yo no quiero que se acabe de perder. Su maestro me ha dicho que es un flojo, vago y vicioso, y que no es para los estudios. En virtud de esto, yo tampoco quiero que sea para la ganzúa ni para la horca. Ahora mismo elige usted oficio que aprender, ó de aquí llevo á usted á presentarlo al rey en la bandera de China.

Todos los retobos que usé con mi madre, con mi padre se volvieron sumisiones, como que sabía yo que no acostumbraba mentir y era resuelto; y así no pude hacer más que humillarme y pedirle por favor que me diese un plazo para informarme del oficio que me pareciera mejor. Concedióme mi padre tres días á modo de ahorcado, y volvimos para casa, donde hallamos á mi pobre madre enferma de un gran flujo de sangre que le había venido por la pesadumbre que le dí, y el susto con que se quedó.

Ya se ha dicho que mi padre la amaba con extremo, y así lleno de sentimiento acudió á que la medicina la auxiliara. En efecto, al segundo día ya estuvo mejor; pero sin dejar de llorar de cuando en cuando, porque ya yo le había dicho la resolución de mi padre, y ella en

medio de su dolencia no se había descuidado en suplirle no me pusiera á oficio, á lo que mi padre le contestó que se restableciera de su achaque, y que ahí se vería lo que por fin se había de hacer.

Esta respuesta desconsoló á mi madre, y fué causa de que yo no las tuviera todas conmigo, porque no habiendo visto jamás á mi padre tan tenaz en su propósito y tan esquivo con mi madre al parecer, me hizo entender que de aquella vez no me escaparía yo de cualquier aprendizaje.

No sabiendo qué hacer para librarme de la férula de los maestros mecánicos, que me amenazaba por momentos, discurrí la traza más diabólica que podía en lance tan apurado, y fué, ir á ver á mi caritativo preceptor y sabio amigo, el ínclito Martín Pelayo. Con la confianza que tenía, me entré de rondón hasta su cuarto, donde lo hallé columpiándose de un lazo que pendía del techo, tarareando unas boleras y dando saltos en el suelo.

Tan embebecido estaba en su escoleta, que no sintió cuando yo entré, y prosiguió brincando como un gamo, hasta que yo le dije:—¿Qué es esto, Martín? ¿Te has vuelto loco, ó estás aprendiendo á maromero?—Entonces él me vió y me contestó:—Ni estoy loco, ni quiero ser volatín; sino que estoy trabajando por aprender á hacer la octava que piden estas boleras. Y diciendo esto, continuó sus cabriolas.